



TRES ALMAS JUSTICIERAS

José Luis Revidiego

TRES ALMAS JUSTICIERAS



Primera edición: octubre de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Revidiego

ISBN: 978-84-18958-26-7

ISBN digital: 978-84-18958-27-4

Depósito legal: M-28045-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi esposa y a mi hija Jessica,
por acompañarme en esta andadura.*

CAPÍTULO 1

Finales de primavera de 2019, ocho de la mañana. En un lugar del sur de España, entre Sevilla y Córdoba. Se esperaba un caluroso sábado, normal en esta época, y sobre todo en Andalucía que, cuando calienta el sol, calienta de lo lindo.

—¡Uf! He debido quedarme dormido... —se levantaba del suelo—. ¡Pero si estoy en mitad del campo! —exclamó mirando a su alrededor—. ¿Y cómo he llegado hasta aquí? —miró hacia una subida donde parecía que se apreciaba una estrecha carretera comarcal. Empezó a subir la cuesta.

»¡Guau, estoy en plena forma, tengo la sensación de ir flotando! Parece que el gimnasio empieza a hacer su efecto... aunque solo lleve tres días. Vale, dos, que ayer hice campana, tenía que irme de fiesta. Bueno, uno, que el primer día solo fui a apuntarme... A lo que iba; que seguro que pillé anoche una buena cogorza, si no ¿cómo voy a estar aquí sin acordarme de cómo puñetas he llegado? —intentaba comprender qué hacía en medio de un olivar—. Ahora que lo pienso... ¿y mi coche? —empezó a recordar vagamente—. Juraría que venía conduciéndolo... Supongo que debí desviarme de la carretera, este empezó a dar vueltas y salí despedido de él. Otra explicación no encuentro... Aunque no tengo ni un simple rasguño —se palpó el cuerpo.

Antes de llegar a la carretera, después de salir del olivar, desvió la mirada de nuevo hacia abajo para intentar localizar su coche. Miró donde había unos arbustos, porque le pareció haber visto brillar algo. Hacia allí se dirigió.

—¡Pero si es mi coche! —exclamó—. Pues estaba en lo cierto. ¡Hostias, parece que hay alguien dentro! —se acercó—. ¡Pues sí! Entonces... es que me lo habían birlado. Y el cabrón que me lo ha robado encima me lo ha escoñado. ¡Hay que joderse! —miró lo destrozado que estaba el vehículo—. Esperemos que al menos esté vivo. ¡Uf!, parece que no se mueve... —se acercó para comprobarlo. Le impresionó el verle la cara toda destrozada. Estaba irreconocible. Intentó abrir la puerta, pero sin éxito.

»¡Tengo que buscar ayuda, si no este es capaz de morirse! —y corrió de nuevo hacia arriba hasta llegar a la carretera.

Vio acercarse un vehículo...

—¡Eh, pare, necesito ayuda! —levantó los brazos—. Pero... ¡será cabrón! Casi me atropella... Ni siquiera me ha visto. Este sí que lleva una buena resaca.

»Aquí llega otro, a ver si hay más suerte... ¡Paren! —se puso en medio de la calzada levantando, de nuevo, ambos brazos. Tuvo que tirarse a la cuneta para no ser atropellado.

»¡Uf! Por los pelos —le hizo butifarra mientras veía cómo se alejaba—. Suerte que estoy en forma y he podido reaccionar a tiempo, si no, me aplasta el *papafrita*.

—¡Gilipollas! —le gritó.

De nuevo bajó corriendo hacia donde estaba el coche, tenía que socorrer a esa persona. Tras muchos intentos...

—Se deben haber atascado las puertas, no hay forma de abrirlas... Tengo que hacer algo —corrió de nuevo para arriba.

Esta vez era una motocicleta, que tampoco paró.

—Tú sí que no te escapas, tío —corrió detrás. Tuvo que esforzarse al máximo para alcanzarlo—. Cómo corre la puñetera moto, suerte que voy a un gimnasio, que si no... y eso que es una birria, con su cortina de humo negro incluida que va dejando detrás que casi no me deja ver, eso es que tiene el motor más cascado que el *dellonsi* de mi abuela.

Cuando ya estaba cerca, pegó un salto y se subió detrás agarrándose fuertemente al asiento para no perder el equilibrio.

—Perdona que sea tan descarado, macho —intentó mirarle a la cara sin conseguirlo, puesto que el conductor llevaba puesto un enorme casco con el que casi se le podría confundir con un astronauta—. ¿Me puedes acercar a Posada? Aunque creo que ya lo estás haciendo. ¿Por qué te paras ahora? ¡Vale, sé que he sido un cara dura... pero necesito ayuda! —creía que lo iba a dejar en tierra—. ¿A dónde vas? —lo siguió al observar que se dirigía hacia la cuneta—. ¡Ah, vale, que vas a echar una *meadita!* ¡Pues dilo, tío! Tampoco hace falta que vayas tan lejos, con sacarla y girarte... creo que ya es suficiente. Tranquilo, que no voy a mirar lo pequeña que la tienes. Bueno, si a lo que ibas era a echar una buena cagada..., comprendo que te alejaras —opinó al ver que se bajaba el pantalón— y hasta quizás te tendrías que alejar un poco más. No te preocupes, me giro, y si se te escapa algún pedo, me hago el sordo, ¿vale? ¡Pero... si eres una chica! ¿Y no te da vergüenza bajarte el pantalón delante de mí? —se giró por educación—. Ya avisarás cuando acabes.

Le dio la espalda y se acercó a un almendro, que estaba bien cargado. Justo cuando iba a coger una almendra, oyó el ruido del motor al arrancar de nuevo y se giró rápidamente.

—Qué mal educada, encima me deja en tierra y sin decirme ni adiós —corrió detrás consiguiendo subir de nuevo.

Al llegar a Posadas, le pidió bajarse de la moto.

—Déjame aquí mismo —giró la cabeza hacia un par de policías que caminaban por la acera para comentarles lo del accidente—. ¿Estás sorda? ¡Que pares!

—¡Alto! —levantó la mano uno de los policías para que parara la moto.

—¡Hostias! Te van a denunciar por ir yo sin casco... No te preocupes, ya pago yo la denuncia... —se palpó el bolsillo—. Pues creo que he perdido la cartera.

—Documentación, por favor —dijo uno de los policías al acercarse.

—¿Qué pasa, agente? —dijo mientras se la entregaba.

—¿Es que no ve el humo que lleva detrás?

—Pues no, porque cuando conduzco solo miro hacia delante.

—¡Anda, pero si no es muda, y además chistosa! —habló el chico.

—Muy graciosa —le contestó el policía.

—Perdonen que les interrumpa..., pero lo mío creo que es más urgente. Verán..., quiero denunciar el robo de un coche, y que envíen una ambulancia, porque resulta que dentro hay un individuo en estado muy grave... e incluso podría estar muerto... ¿Es que no me oyen?

El otro policía cogió la radio para oír una llamada: «¡Atención, hemos recibido un aviso urgente; han encontrado un turismo accidentado en el kilómetro veinte a la altura del “olivar del barranco”! ¡Ya hemos enviado una ambulancia!».

—¿Has oído, Gerardo?

—Sí.

—Pues miren por dónde, eso mismo les decía yo, pero creo que tienen un poco de cera en los oídos, tendrían que ir al otorrino para...

—¡Vamos para allá! —se dirigieron hacia las motos que las tenían aparcadas cerca.

—¡Míralos, como si yo no estuviese! ¡De nada! ¡Serán...! —sin acabar la frase, saltó sobre una de las motos—. ¡Pues ahora me van a llevar ustedes, por mal educados! No te jode... ¡Da igual, no hace falta que me contesten!

De nuevo llegó al punto de partida. Justo al mismo tiempo que la ambulancia. El chico, tembloroso, se acercó a ver cómo sacaban al herido.

—¿Está vivo? —preguntó al doctor.

—Está en coma —contestó el médico a su compañero de ambulancia.

—Al menos usted no está sordo —dijo el chico creyendo que respondía a su pregunta.

Vio cómo el policía cogía la cartera del suelo del coche y miraba la documentación.

—¡Eh, agente, esa es mi cartera! Me la robaría con el coche, porque, como es obvio, el vehículo también es mío... Aunque a partir de ahora va a ser propiedad de un desguace —desvió la mirada hacia su pobre coche.

—Se llama Toni Montilla Juvenal, veinte años.

—¡Oiga, que el que nombra soy yo, que es mi cartera, que me la había mangado ese pobre chico! —dijo dirigiendo la mirada hacia el cuerpo.

—Vaya día que llevo... o hablo muy flojo o se están quedando todos sordos.

Toni observó cómo metían el cuerpo en la ambulancia.

—Qué lástima el ladronzuelo... Si él hubiese sabido esto, anda que me habría robado el coche...¡Eeeh! ¡Esperadme! Yo también voy. ¿Qué voy a hacer aquí solo? —dijo entrando en la ambulancia con el accidentado, antes de que cerrasen la puerta, sentándose en el lateral del vehículo.

De camino al pueblo de Posada, escuchaba la conversación.

—Esta juventud... —le comentaba el conductor a su compañero— no saben beber. Se beben un par de cervezas y ya se creen que el mundo es de ellos...

—¡Eh, vosotros, un respeto a este chico, que no creo que lo haya hecho queriendo!

Durante el traslado el chico falleció.

Una vez llegaron al tanatorio...

—¿Dónde lo dejamos? —le preguntaron al médico forense.

—Aquí en esta sala —señaló con la mirada—. Pobre chico... Accidente de coche, ¿verdad?

—Sí... Nos vamos, que tenemos otra emergencia —dijo el conductor despidiéndose del forense.

—De acuerdo. Esperemos que no sea para aquí. Bueno, a pasar el mal trago. Con lo joven que era... Maldito destino el suyo...

—¡Oiga, doctor, con usted sí que me voy a llevar bien, lo veo buena persona! Pero con los cantamañanas estos que se acaban de ir... —dijo mientras miraba cómo el forense cortaba la ropa ensangrentada con unas tijeras, despojándolo de estas. Luego cogió una toalla y un barreño de agua para limpiar la sangre de su cara, para facilitar el reconocimiento cuando viniese la familia del difunto.

—Tan joven... —el forense se veía muy apenado.

—Discúlpeme, doctor, pero tengo que dejarlo solo... Verá, yo para esto no tengo estómago, esto de ver sangre no es lo mío. Me voy a dar una vuelta, luego vengo —se dirigió hacia otra sala.

—¡Hola, joven! —le habló un señor de unos ochenta años que estaba apoyado en una pared al lado de una ventana abierta mirando el paisaje.

—Hola, señor. ¿Tiene aquí algún familiar?

—Nooo..., ¡qué vaaa! Estoy aquí por lo mismo que tú.

—Perdone..., no le comprendo.

—Pues que trajeron mi cuerpo, los seguí, me gustó el sitio y aquí me he instalado —rio este.

—No le he entendido muy bien... ¿me lo puede repetir?

—Que has fallecido, chico —fue al grano—. A mí al principio también me costó creerlo. Pero es la pura verdad.

—¿Quiere decir que estamos muertos?

—Pues sí, chico. Es lo que hay, te guste o no.

—Pero... no puede ser... ¡Mire, si estamos hablando! Si estuviésemos muertos no existiríamos.

El anciano carcajeó.

—Eso sí que es verdad, estamos hablando, pero son nuestras almas las que se comunican.

—Lo siento abuelo, pero no puedo creerle —le interrumpió.

—Tú, igual que yo, ya no tienes tu cuerpo —continuó hablando el anciano—, aunque nos veamos tal como hemos sido en vida..., créeme, nuestro cuerpo ha dejado de existir, aunque te cueste admitirlo. Y a propósito, ¿de qué has muerto?

Ante esta revelación, el chico no reaccionó ni contestó.

—¿Me oyes, joven? Te estoy hablando.

—Perdone... ¿Qué me está preguntando?

—Que qué te ha hecho abandonar tu cuerpo —preguntó más finamente.

—Yo no he abandonado mi cuerpo, solo estoy soñando... Quiero despertar, no me gusta esta pesadilla —no quiso contestar a la pregunta.

—Que no estás soñando, que es real.

—Tengo que salir de esta pesadilla... ¡Se puede quedar en el sueño si quiere, pero yo me largo! —empezó a sentirse incómodo con la conversación.

—Siento mucho desmoralizarte joven, pero no es ningún sueño, es real.

—Que no cuele, que me voy a despertar ¿vale? —exclamó dándole la espalda al anciano, enfadado.

—Testarudo...

—Lo siento abuelo, pero no puedo creerlo, lo que me dice es imposible.

—Tú mismo joven, ya te darás cuenta.

—Ya verá como despertaré de este mal sueño. Si quiere le cuento el resto del sueño, hasta ahora, antes de despertarme —se giró de nuevo—. Pues resulta que me robaron el coche y me dejaron en un descampado tirado. Yo iba como una cuba, porque no recuerdo ni el momento del robo. Y el desgraciado del ladrón va y se la pega. Es ese que hay ahí dentro —le señaló.

—Al dejar el cuerpo se crea una pequeña laguna y confusiones porque no queremos admitirlo, es como si nos perdiéramos. Ya sabremos el por qué algún día... —insistía el anciano.

—O sea, que sigue intentando hacerme ver que no es un sueño.

—Es la pura realidad, lo quieras admitir o no.

—Que no me va a convencer, abuelo. Que pienso despertarme.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Toni —contestó—. Y ahora, si me perdona... —se dirigió de nuevo a la sala donde estaba el cuerpo—. A ver... si este soy yo, ¿qué hace ahí, si yo estoy aquí? ¡Que me lo expliquen! —exclamó tocando su cuerpo.

Pero tuvo que salir de nuevo de la sala al ver cómo el médico hacía su trabajo.

—Toni, tardarás un tiempo en asimilarlo... Dependerá de ti cuánto sea, porque, por el momento, no quieres aceptarlo —intentaba de nuevo convencerlo el anciano.

—Y ese que hay ahí en el rincón... ¿Quién es? —preguntó en voz baja mirando hacia su derecha.

—Lleva aquí mucho tiempo, está cabreado y no quiere asimilar que está en el otro barrio, como nosotros.

—¿Y usted, por qué sigue aquí?

—Bueno, si quieres que te diga la verdad... pues también me cuesta irme, no solo por la ubicación... también por otro motivo; no sé qué hay donde se supone que tenemos que ir cuando la palmamos... Te voy a ser sincero, tengo un poco de miedo, chico. ¿Y si es verdad que hay un infierno? Siempre lo he oído en vida. Y yo no he sido precisamente muy bueno, tengo mis pecadillos.

—Tampoco será para tanto, parece buena persona.

—¡Uy! Si te contara... Lo que pasa es que cuando dejas el cuerpo te transformas. ¿Por qué? Pues no lo sé, porque yo ahora no guardo rencor a nadie, y poco a poco me voy arrepintiendo de todo lo malo que he hecho —entristeció el anciano.

—¡Vale, valeee! —interrumpió el que estaba en el rincón—. Me estáis estresando con tanta cháchara. ¿Por qué no os vais a tomar viento? Yo llegué aquí antes. El viejo asqueroso ese lo sabe —dijo dirigiéndose hacia Toni.

—¡Un respeto a este señor! —replicó, puesto que no le gustó la forma en la que se había referido al anciano.

—Y tú, ¿quién mierda eres? —le reprochó dirigiéndose hacia él.

—¡Tranquilo, no busco peleas! Solo quiero...

Los tres miraron al mismo tiempo al ver llegar a una chica de unos dieciocho años.

—Hola, joven... ¿Qué te pasa? —preguntó el anciano, al ver que venía huyendo de la otra sala.

—Que van a llegar mis padres y no quiero verlos sufrir...

—Ven, pequeña... —la abrazó el anciano—. ¿Cómo te llamas?

—Blanca —respondió, y empezó a llorar.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Toni.

—Unos cabrones me han hecho mucho daño... No tuvieron bastante con violarme, que además me robaron la vida.

El anciano y Toni cruzaron sus miradas con cara de pena.

—Hijos de puta... —los maldecía el del rincón por lo que hicieron a la chica.

Al momento, empezaron a oír llantos en la otra sala.

—Son mis padres —lloró ella con más ganas tapándose la boca por miedo a que la oyesen.

—No te preocupes, pequeña, ahora ya no te pueden oír... —dijo el anciano, abrazándola de nuevo.

Toni se asomó a curiosear y le impactó mucho el ver el rostro deteriorado de la chica, que yacía encima de una camilla y cuyo cuerpo había sido destapado por el médico para mostrarla a su familia y certificaran que era ella. La vio muy diferente. No aguantó verla así, ni ver cómo sufrían sus padres. Se dirigió de nuevo a donde estaban ellos.

—¿Quién ha sido? —le preguntó Toni, observando lo guapa que era con su pelo rubio, sus ojos verdes... para nada se parecía a la que acababa de ver.

—Unos vecinos de mi barrio que viven cerca de nuestra casa...

—¿Y tus padres lo saben? —preguntó el anciano.

—No, ni lo sabrán nunca. Son muy astutos, supieron esconderme muy bien en el bosque. Al sexto día cuando me encontraron, les dieron la mala noticia...

—¿Quién te encontró? —curioseó Toni.

—Un pastor que iba con ovejas... Bueno, más bien su perro —contestó ella.

—Lo siento, pequeña... Es injusto, eres muy joven —la consoló el anciano.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Blanca más calmada.

—Arturo —le sonrió.

—Ese del rincón... ¿Está enfadado? —preguntó la chica al verlo aislado.

—No estoy enfadado, solo quiero volver a vivir —dijo este malhumorado al oír que hablaban de él.

—¿Cómo te llamas?

—Eduardo —le contestó con algo más de dulzura.

—Pues no es tan desaborido como yo creía —habló el anciano.

Después de un rato, cuando se quedó de nuevo solo el forense...

—Tengo que irme a casa —dijo Blanca al no oír a sus padres, suponiendo que ya se habían ido—. Me apetece estar con ellos.

—Yo también me voy —agregó Toni.

—Si la puerta de entrada está cerrada, tenéis que esperar a que entre o salga alguien, si no, no podréis abrirla —aconsejó Eduardo.

—¿Por qué? —preguntó Toni.

—¿Es que no te quieres enterar de que no tienes cuerpo? —le habló de nuevo con tono desagradable Eduardo.

—Bueno, pues vayan con dios, y nunca mejor dicho —habló el anciano al ver que se iban.

—Espero verle otro día, Arturo —se despidió la chica.

—Tengo la intuición de que sí, de que nos volveremos a ver —le contestó.

Al pasar por la sala donde estaban sus cuerpos ambos miraron hacia el suyo. Cruzaron sus miradas coincidiendo en el pensamiento; «amaba mi cuerpo». Luego se dirigieron hacia la salida.

—No se puede abrir la puerta... —dijo Toni intentándolo—. Pues lleva razón el mala uva ese... Ahora comprendo por qué no podía abrir las puertas de mi coche.

—Esperemos que entre o salga alguien —dijo la chica.

—¿Tienes hermanos? —preguntó Toni mientras esperaban al lado de la puerta.

—No, soy hija única, pobre de mis padres... los he dejado solos —y empezó a llorar de nuevo.

—Tú no tienes la culpa, Blanca —la rodeó con su brazo por la cintura—. Tenemos que asumirlo... Yo también estoy triste, pero tenemos que salir adelante... hacia donde nos lleve esta nueva y desconocida vida... o lo que sea.

—¿Tú tienes hermanos? —le devolvió la pregunta ella.

—Aparte de mis padres, tengo una hermana pequeña... El día veinte del mes que viene cumplirá quince años. Se llama Virginia.

—¿Virginia?, qué nombre más bonito... Y seguro que es guapísima.

—Ya lo creo que sí. No es porque sea mi hermana, es que lo es de verdad... ¡Mira, ahí viene una ambulancia, seguro que se dirige hacia aquí! —señaló Toni con la mirada.

Estos abrieron ambas puertas para entrar con una camilla y un cuerpo.

—¡Uf! Qué mala pinta tiene, está totalmente calcinado —lo observaron mientras lo entraban. Luego miraron hacia un individuo con ropa vieja y desgastada, con algún que otro roto.

—¡Oh! ¿Me estáis mirando? ¿Podéis verme? —preguntaba este, un señor de mediana edad que se cruzó con ellos mientras seguía el cuerpo—. Estos de la ambulancia no me veían. Acabo de despertar, que no sé ni cómo he entrado en la ambulancia, porque me he despertado justo al lado de ese tizón —señaló al fiambre.

—Sí señor, le vemos. Estamos en la misma onda —le contestó el chico.

—¿A qué te refieres?

—Que usted también ha dejado su cuerpo.

—¿Cómo que he dejado mi cuerpo? —se palpó.

—Lo que está pensando también me lo preguntaba yo —parecía que le había leído el pensamiento.

—O sea, que ya no soy nadie, que no existo...

—Bueno, tampoco es eso, estamos hablando, existimos, pero de diferente forma —no sabía cómo explicárselo.

—Ya me lo parecía a mí... Yo que creía que un milagro me había quitado la cojera que arrastraba de toda la vida... —fue muy fácil de convencer.

—¿Qué le pasó? —se interesó Blanca.

—Pues lo único que recuerdo es que estaba durmiendo en el banco de un parque, y de pronto vi a tres individuos que se acercaban a mí. Uno de ellos traía algo en la mano... me pareció ver un recipiente blanco. Luego noté olor a gasolina, seguidamente me entró un calor muy fuerte, pero no sé si era del alcohol que ingerí... porque me acababa de trincar una botella de ron.

—Los muy cabrones... lo quemaron vivo —se apenó Toni.

—Lo siento mucho —se entristeció Blanca—. Nosotros también estamos en el mismo barco. No entre ahí señor, lo que va a ver en su cuerpo no va a ser muy agradable —le aconsejó.

—Tengo que hacerlo, guapa. Hay algo en mí que desea estar con ese cuerpo... y ahora con más ganas aún al saber que soy yo realmente.

—Como usted quiera... Nosotros nos vamos —se despidieron de él.

—¿Vives también aquí en Posadas? —le preguntó Toni a Blanca mientras se iban.

—No, mi casa está en Córdoba.

—¿En Córdoba? Pues sí que te han desplazado.

—Sí..., se ve que esos malnacidos querían asegurarse de que no me encontrarán.

—¿Cuántos eran?

—Tres, los tres hermanos, y además eran amigos de mis padres. A mí nunca me cayeron bien, veía maldad en ellos, y no me equivoqué visto lo que me hicieron.

—¿Cómo fue? Si te apetece contarlo, claro.

—Sí, me apetece, necesito contarlo para así desahogarme: Una tarde quedé en ir a casa de una amiga para celebrar su cumpleaños.

Al salir, justo cuando pasaba cerca de la puerta donde viven, me llamó uno de ellos. Decía que me quería comentar una cosa muy importante, y yo inocente de mí me acerqué. Me rodeó el cuello con su brazo, me tapó la boca para que no pudiese chillar y me forzó a entrar en su casa. Después de violarme los tres, uno de ellos me cogió por el cuello y se me puso todo oscuro. Cuando desperté me encontré en el bosque al lado de mi cuerpo... Me costó un buen rato asimilar que me había salido de este... ¿Por qué me han hecho esto? ¿Qué van a hacer mis padres sin mí? —empezó a llorar de nuevo.

—Tranquila, Blanca... No hablemos más del tema —la abrazó.

—Es curioso... —descubrió Toni—. No noto tu contacto, aunque te esté rozando, sé que te estoy tocando, pero no te noto... no sé cómo explicarlo.

—A mí me pasa lo mismo, sé que te toco, pero es como si no tuviese tacto tampoco. Qué cosa más extraña —añadió ella.

—En fin, tendremos que acostumbrarnos. ¿Me acompañas un momento a mi casa? Quiero ver cómo está mi familia, por si ya saben lo mío... y seguidamente vamos para Córdoba.

—Vale... —respondió ella agradeciéndole que luego la acompañara.

—Está cerca, en unos quince minutos llegaremos.

—¡Toni, mira a nuestra izquierda! Ese que está ahí en la otra acera, en la esquina, sentado en el suelo, nos está mirando.

—Entonces es que está en nuestra misma situación... Acerquémonos a saludarlo.

—De acuerdo —le pareció buena idea a Blanca.

Mientras cruzaban la calle no vieron a un coche que iba directamente hacia ella, que había sido la primera en cruzar...

—¡Cuidado Blanca! —exclamó Toni, corriendo para apartarla, pero no llegó a tiempo y vio como el vehículo pasaba a través de ella sin tocarla—. ¿Has visto eso? Ha pasado a través de ti... No nos pueden hacer daño —quedó este alucinado.

—¡Pues es verdad! Entonces... podemos traspasar lo sólido —afirmó la chica.

—Lo voy a comprobar.

Toni se dirigió hacia la fachada de un edificio. Pero rebotó y cayó hacia atrás. El que antes los observaba dejó escapar una fuerte carcajada.

—¡Miradme! —introdujo la cabeza dentro de la pared que se encontraba detrás.

Toni y Blanca se miraron, y seguidamente acabaron de cruzar la calle.

—Hola, me llamo Toni.

—Blanca —se presentó también la chica.

—Yo Ricardo —se saludaron.

—¿Cómo has hecho eso, tío? —preguntó Toni.

—Pues muy fácil, creyendo que puedo hacerlo, ya que no tengo cuerpo.

—Pero si lo he intentado y no he podido... —insistió Toni.

—¡Ven! —dijo cogiéndole del antebrazo—. Ahora déjate llevar —y le introdujo el puño en la pared—. ¿Ves cómo puedes? Todo es hacerlo con ganas, y creértelo, si no, no funciona.

—Pues es verdad —miró a Blanca.

Lo intentó solo y también metió el puño dentro de la pared. Luego hizo lo mismo con la cabeza, pero con tanto impulso que traspasó la pared con todo el cuerpo entrando en el baño de una vivienda, donde había una chica que en ese preciso momento se estaba dando una ducha.

—¡Uy, perdón! —se quedó cortado—. Pero ¿seré tonto? Si no me ve.

Sin prisa y sin ganas volvió a salir de nuevo al exterior.

—¿Ves cómo podías? —le machacó Ricardo.

—Sí que es verdad... Voy a practicar —pero esta vez solo metió la cabeza.

—¿Te has quedado encallado? —se preocupó Ricardo al ver que tardaba en sacar la cabeza.

—No, tranquilo, estoy bien.

—Inténtalo Blanca, verás cómo también puedes —la animó Ricardo.

Ella también traspasó la pared con la cabeza. Toni, al ver la cara de Blanca a su derecha, sacó la suya rápido carraspeando. Luego miró a Ricardo, que tenía cara de tonto ya que este también había metido la cabeza para ver qué había visto Toni.

—Pillín...—le sonrió Blanca a Toni.

—Bueno, encantado de haberos conocido, ya nos veremos, yo me quedo aquí —les dijo Ricardo metiendo de nuevo la cabeza sin intención de sacarla en un rato.

—Nos vemos.

Y siguieron caminando.

—¡Eeeh! ¡Esperadme! —corrió hacia ellos al ver que la de la ducha ya había acabado y se había cubierto con una bata—. Aún podéis hacer más cosas... ¡Mirad esto!

Se dirigió hacia la puerta de un edificio al ver a una señora que iba a entrar. Cogió el pomo y tiró hacia afuera mientras la señora metía la llave y empujaba la puerta, pero esta no se abría.

—Vaya... Se ha vuelto a estropear la cerradura —se decía a sí misma.

—¡Vale, vale! Deja que entre, pobre mujer —le reprochó Blanca.

—¿Ves lo que podemos hacer? —soltó la maneta.

Una vez había entrado la señora, Toni intentó mover el pomo, pero no había forma.

—No lo consigo, tío —desistió este.

—¿Ya te rindes? Pues, macho, te vas a aburrir un rato, porque tiempo te sobrará para ello.

—Ya iré practicando... —le contestó.

—No te desanimes, porque si quieres que te diga la verdad... Yo tardé alrededor de seis meses en conseguirlo —le animó Ricardo—. El traspasar paredes es muy fácil, pero conseguir mover un objeto es muy difícil, y tocar a un vivo es de lo más difícil, necesitas mucho tiempo, yo aún no lo he conseguido.

—Y lo tuyo... ¿Cómo fue? —preguntó Toni tímidamente.

—¿A qué te refieres? —preguntó confuso.

—Que qué te pasó.

—Ah, vale, que cómo la palmé... ¡Dímelo claro, macho! —habló con brusquedad—. Pues iba con mi moto tranquilamente y un coche conducido por un puto borracho se desvió y me estampó contra esta pared —le señaló con la mirada hacia donde estaba antes apoyado.

—Lo siento... —lo consoló Toni—. Bueno, Ricardo..., seguimos nuestro camino. Encantado de haberte conocido.

—Igualmente —se despidió este de los dos, entristeciendo al pensar por qué no le apetecía alejarse de aquel macabro rincón.

Después de unos diez minutos de caminata el chico se quedó como clavado en el suelo al ver pasar el coche de sus padres.

—¡Van a verme! ¡Ya los han avisado de mi accidente! Prefiero no pensar en lo mal que lo van a pasar...

—¡Ven Toni, vamos a dar una vuelta! —miró de distraerlo Blanca.

—Vale... —aceptó. Se encontraba muy triste.

Después de varias horas...

—Supongo que ya estarán en casa... Me apetece verlos —dijo Toni.

—Vale, como tú digas.

Y lo acompañó hasta su barrio.

—Ya llegamos... Es ahí —miró hacia el balcón de una segunda planta del bloque de pisos.

Blanca observó la cantidad de geranios de diferentes colores que había en este, dándole un toque mágico por su gran belleza.

—Tranquilo... —le cogió la mano derecha con su izquierda al ver cómo cambiaba su semblante al acercarse al edificio.

—¿Vienes conmigo? —le pidió.

—No... te espero aquí —prefirió ella al no apetecerle verlos sufrir.

—Me gustaría que me acompañaras... Tu compañía me da fuerzas...

—Vale, en ese caso... —se decidió.

Como aprendieron a traspasar lo material, caminaron hacia el comedor. Toni no pudo aguantar sus emociones al ver a su madre llorando.

—No os preocupéis. Mamá, papá, estoy bien... —se acercó a ellos intentando abrazarlos, pero no lo conseguía—. Te quiero, mamá... No sufráis por favor, porque entonces sí que me siento mal... —insistía en querer rozarla, lo necesitaba.

Blanca se acercó a él y le volvió a coger la mano para darle ánimos, que este se lo agradeció.

Toni se dirigió hacia la habitación de su hermana al no verla en el comedor. La observó sentada en su cama llorando con una pulsera en las manos junto a su pecho, el último regalo que él le hizo. Se acercó a ella y también intentó abrazarla, pero sin éxito.

—¡Toni! —se puso de pie su hermana.

—Capta tu presencia, sabe que estás aquí... —le decía Blanca.

—Siempre ha tenido... no sé cómo explicarlo... como un sexto sentido. Veía cosas que los demás no veíamos... Virginia, hermanita... Estoy aquí... —no aguantaba el verla así—. Te quiero mucho. Por favor, quiero que estés bien, no llores...

Después de estar un rato con su familia...

—Vámonos, Blanca, no puedo verlos sufrir... Ya volveré cuando pase algún tiempo a cuidar de ellos.

—Como tú digas —le dijo ella cogiéndole de nuevo la mano.

Se dirigieron hacia una comarcal que llevaba hasta Córdoba, para meterse en el primer coche que pasase en esa dirección.

—Te parece más a tu madre que a tu padre; pelo castaño, ojos azules como ella, e incluso en la estatura. ¿Qué mides?

—Uno ochenta —le contestó Toni.

—¿Uno ochenta? Con razón te veía tan grande, me sacas diez centímetros. Tu padre también es más bajo que tú.

—No es mi padre, mi padre murió cuando yo era muy pequeño, pero él siempre me ha tratado como a un verdadero hijo, desde

que se juntó con mi madre. Para mí es como si fuese mi verdadero padre.

—¡Subamos a ese coche que va en nuestra misma dirección!
—sugirió ella.

—¡Vale! —aceptó él.

Saltaron al mismo tiempo entrando en la parte trasera del coche, pero Toni traspasó el vehículo cayendo de nuevo a la calzada.

—¡Blanca, que me he pasado de rosca! —gritaba este mientras rodaba por el asfalto.

—¡Conductor, pare por favor! —gritó ella golpeándole en la espalda.

—¡Aaah! ¿Quién me ha tocado? —miró hacia atrás frenando el coche en seco. Asustado, bajó a comprobar quién le había tocado, pero no encontró a nadie, como era obvio, ya que viajaba solo. En ese momento llegaba Toni.

—¿Por qué ha parado el coche? —se extrañó el chico mientras se acercaba.

—Pues porque le he golpeado en la espalda —le contestó ella.

—¿Que le has golpeado? Pero si no podemos...

—Pues se ve que sí. ¡Sube, que va a poner el coche en marcha!
Ambos se sentaron en los asientos de atrás.

—¿Y cómo lo has hecho? —Toni seguía intrigado.

—Así —intentó golpearle de nuevo, pero esta vez le traspasó el cuerpo sin tocarlo—. No lo comprendo... Ya no puedo tocarlo...

—Lo mismo antes lo has hecho con más ganas y por eso lo has conseguido.

—Quizás si... Al ver que te quedabas en tierra, me vino como un reflejo...

—Déjame probar —le metió ganas Toni, acordándose de lo que había explicado Ricardo, el chico del accidente de moto.

—¡Aaah! —gritó de nuevo el conductor frenando bruscamente bajando del coche y corriendo a toda leche sin mirar hacia atrás.

—Pero ¿qué has hecho? Pobre hombre... —le recriminaba ella.

—No creía que pudiese tocarlo... O sea, que podemos tocar a los vivos si lo hacemos con ganas —alucinaba.

—Se ve que sí... Pero podías haber practicado en otro momento nos hemos quedado sin chófer —se quejó Blanca.

—¡Anda, pues es verdad! Lástima no poder conducirlo... —se subieron delante los dos para intentar coger el volante.

Después de muchos intentos y muchas ganas, Blanca por fin lo consiguió, y tras varios intentos más, también Toni.

—¡Olé! ¡Podemos conducir! —se alegró el chico—. Ponte el cinturón, que nos vamos —bromeó.

Pero este, por mucho que insistiese, no lograba apretar el embrague y, cuando lo consiguió, no pudo coger el volante, ni el cambio de marchas.

—No me puedo concentrar en varias cosas a la vez... —se desmoralizó.

—Hagamos una cosa —sugirió Blanca—. Tú te centras en los pedales y yo en el volante.

—De acuerdo —a él le pareció buena idea—. Arrancaremos en segunda y así nos olvidamos de las marchas.

—Estupendo —dijo Blanca.

Con paciencia consiguieron poner en marcha el vehículo, aunque fuesen a paso de tortuga.

—¡Oye! Te tengo muy cerca, me puedo aprovechar de ti... —bromeó Toni.

—Ni lo intentes o te doy un mamporro —enrojeció la chica.

Él dejó escapar una fuerte carcajada.

—¡Mira, ahí va el dueño del coche, paremos a ver si se anima y sube! —sugirió Blanca.

Toni se centró tanto en el pedal del freno, que dieron un frenazo tan brusco que salieron ambos disparados por delante del vehículo rodando por el asfalto.

El propietario, al ver que su coche había llegado hasta él, y además sin conductor, se quedó durante unos segundos como paralizado.

—¡Hostia puta! —reaccionó corriendo de nuevo, pero esta vez en sentido contrario.

—¡Será desagradecido! Encima que le traemos su coche... —refunfuñó el chico.

De nuevo, subieron y lo pusieron en marcha y, después de oír muchas cosas como «tortugaaa, cuidado con las curvaas», etc., de los demás conductores que los adelantaban, que luego se quedaban callados al no ver a nadie al volante, por fin llegaron a Córdoba. Justo en la entrada de la capital se les paró el coche.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó la chica—. Si lo estamos llevando estupendamente...

—Creo que hemos jodido el motor, al traerlo todo el camino en segunda con el pedal del acelerador a tope —le informó él—, porque este coche ya es un poco viejo.

—Pues tendremos que conseguir otro transporte... —sugirió la chica.

—Aquí no se puede parar —dijo, acercándose, un urbano a verlo llegar—. Esta zona es muy... Pero... ¿dónde está el conductor? —se rascó la barbilla.

—Pobre hombre... —lo observó Toni cuando se iban al verlo con cara de extrañado buscando al conductor en el interior del vehículo.

—¡Mira, en esa parada de autobús podemos coger uno que nos llevará cerca de mi barrio!

—Estupendo —contestó Toni mientras miraba a varios curiosos que se acercaban también al coche a ver qué pasaba.

Ambos se acercaron a la parada.

—¡Uf! Cuanta gente, ¿ya cabremos todos? —preguntó él mientras entraban al autobús.

—Elijo al lado de la ventanilla —dijo ella.

—Yo prefiero ir de pie, porque se me va a sentar alguien encima y me voy a sentir incómodo —reflexionó observando a dos personas que se dirigían hacia donde estaban ellos.

—Pues es verdad —le dio la razón Blanca, levantándose y colocándose a su lado.

Toni observó a dos chicas, que iban de pie justo delante de ellos, a un chico que había sentado al lado y seguidamente a Blanca.

—Esa mirada pícaro... ¿Qué estará pasando por tu cabecita? —sospechó ella.

La chica que iba delante notó un roce suave en su trasero y miró hacia su derecha donde había sentado un chico, y este, al ver que ella miraba, también la miró regalándole una sonrisa. Pero la sonrisa se le borró de golpe al recibir un sonoro guantazo, que tras el estruendo miraron los de su alrededor.

—¡Pero...! ¿Por qué me abofeteas, guapa? —exclamó llevándose la mano a la mejilla.

—¡Gamberro! —le insultó ella.

Toni no paraba de reír, contagiándole la risa a Blanca.

—Qué malo eres —le decía sin poder dejar de reír.

—Tenemos que hacer más ameno el viaje —le contestó él—. ¿Ves aquel que lleva la cartera en el bolsillo trasero de su pantalón?

—Sí —miró Blanca.

—Pues ya verás...

El de la cartera se giró rápido al notar la extracción de esta, viéndola en las manos de un individuo que estaba sentado cerca de él, el cual, con cara de sorpresa, la miraba intentando comprender cómo había llegado a su poder.

—¡Será cabrón! —se dirigió hacia este con malas intenciones.

—¡Uy! ¡Tengo que solucionar la que he liado! —y Toni se dirigió de nuevo hacia el de la cartera colocándosela en el bolsillo.

Este, al notar que la tenía de nuevo en su bolsillo, se sintió confundido.

—Perdón..., es que al ser igual que la mía, creía que me la habías robado... —desistió en su agresión.

El supuesto ladrón miró hacia el suelo al haber desaparecido de entre sus manos la cartera.

—Tienes que ir con cuidado con tus travesuras, Toni. Nosotros ahora tenemos un poder que antes no teníamos.

—Llevas razón... , tengo que comportarme —cruzó los brazos, sacando el morro como un niño pequeño haciendo ver que estaba enfadado mirándola de reojo.

—Tonto... —rio Blanca, y le golpeó con el codo en el brazo—. Ya estamos cerca, enseguida llegaremos a mi casa —se le borró la sonrisa al pensar en lo mal que lo iba a pasar al ver sufrir a sus padres.

—Qué barriada más bonita —observó Toni mirando a través de la ventana.

—Estamos llegando, es aquella calle contigua a esta. Esa de ahí —le señaló su casa.

Al bajarse del transporte, Toni quedó maravillado con el que había sido el hogar de Blanca.

—¡Hala! Qué casa más *chuli*, y qué pedazo de jardín... Todo el alrededor de la casa está lleno de flores preciosas. ¿Cómo se llaman esas que destacan tanto?

—Bandera española, y las que están al lado de la piscina —explicó Blanca dirigiéndose hacia el otro lateral de la casa— son petunias.

—¿Entramos en tu casa? —le preguntó Toni al verla indecisa parada justo en la entrada.

—Ah, pero... ¿entras conmigo? —se alegró ella.

—Pues claro que sí, te lo debo.

—¡Gracias...!

Tras pasaron la puerta y Blanca observó a sus padres; estaban sentados en el sofá con la tele encendida, pero ni la miraban. Lo que sí miraban con mucho ímpetu era un álbum de fotos donde salía ella. Se emocionó al ver sufrir a sus padres, no soportaba verlos así. Salió de nuevo a la calle, con Toni siguiéndola.

—Veo que los de la casa de al lado se copian las flores —dijo en el intento de distraerla. También observó que le cambió la cara a Blanca al mirar hacia una finca en el otro lado de la calle, justo en frente de su casa.

—¿Te pasa algo? —le preguntó al verle el ceño fruncido.

—Los que viven ahí fueron los que me mataron...

Toni también entristeció, poniendo cara de pocos amigos.

—Acerquémonos —sugirió él.

—¿Para qué?

—Para ver esas caras de gilipollas.

Ella aceptó, y se dirigieron hacia allí.

—Pues parece que no están en casa... —dijo Blanca al entrar en el comedor.

—¿No oyes una voz ahogada? —le pareció oír a Toni.

—Pues ahora que lo dices, sí, parece que venga de esa habitación...

Al entrar en esta, se quedaron sin palabras al presenciar lo que ocurría: había una chica desnuda, tumbada en la cama, con una mordaza que ahogaba sus gritos, con los brazos atados al cabecero y las piernas abiertas, sujetas con cuerdas en los pies, atada y una venda en los ojos. A su lado, había dos individuos, también desnudos.

—Te toca a ti, hermanito. Yo ya he acabado.

Este subió encima de ella para violarla también cuando recibió un contacto desagradable en el ano.

—¡Aaarhg! ¿Pero qué cojones haces, capullo? —gritó girándose como un rayo.

—¿A qué te refieres? —respondió desconcertado el otro.

—¡A lo que me acabas de meter en el culo, so pedazo de gilipollas! ¡Serás cabrón! —exclamó rabioso, y se dirigió hacia él para agredirle.

—¡Eh! ¡Para el carro! ¿Qué te pasa, atontado? Lo que tienes que hacer es acabar ya de una puta vez, que tenemos que deshacernos de ella antes de que llegue nuestro hermano mayor y vea que no lo hemos invitado a la fiesta.

—¡Pues lárgate de aquí y déjame hacer, cabrito! —gritó y, cabreado, le dio un fuerte empujón, empotrándolo contra el armario, abriéndose las puertas tras el impacto.

Blanca se dirigió hacia el armario al ver algo que le era familiar.

—¿Qué buscas? —preguntó Toni yendo tras ella.

—Acabo de ver mi ropa interior en este armario.

—¿Y cómo sabes que es tuya?

—Porque tiene el dibujo de un osito, inconfundible, bordado por mi madre.

Mientras tanto, los hermanos seguían con su pelea.

—¡Que te largues a freír espárragos! —gritaba uno mientras cogía al otro por el cuello echándolo de la habitación.

Cuando se disponía a continuar con su propósito, recibió un pellizco en los testículos dejando escapar un fuerte grito de dolor. Salió corriendo de la habitación asustado.

—¿Y ahora qué te pasa, capullo? —preguntó su hermano.

—No lo sé... Creo que en la habitación hay un fantasma... —dijo con voz temblorosa y la cara pálida.

—¿Te has metido esa mierda barata de nuevo?

—¡No! Desde la última vez que tuve esas alucinaciones no he vuelto a inyectármela.

—¿Entonces por qué tienes otra vez visiones?

—¡Qué no, tío, que no son alucinaciones, que en esa habitación hay algo raro!

Ambos se vistieron deprisa y entraron de nuevo, abriendo la puerta con precaución y algo de miedo.

—Pero... ¿Dónde está la chica? ¿Quién la ha desatado? —dijeron desconcertados mirando la cama vacía.

—No lo sé, tío...

Estaban cada vez más asustados.

—¿No la habrás desatado tú? —lo culpó, el que había recibido el empujón.

—¡Que no, cojones! ¿Te crees que soy gilipollas? —se defendió este.

—¡Claro que lo eres! ¡De eso sí que estoy segurísimo!

—¡Se ha escapado por la ventana! —gritó el primero al verla abierta.

Salieron corriendo de la habitación y se dirigieron hacia la parte trasera de la casa. Tenían que encontrarla y acabar con ella para que

no los delatase. Mientras, la chica salió de debajo de la cama, tenía que aprovechar el momento de desconcierto entre ellos y largarse de allí lo antes posible. No encontraba su ropa, pero sí vio la braguita bordada encima de la cama, y se la puso sin vacilar. Antes de salir, miró hacia la ventana intentando encontrar una explicación de por qué se abrió sola justo un par de segundos antes de que entraran sus maltratadores. ¿Y quién la desató y le quitó la venda de los ojos? Aunque lo importante en aquel momento era escapar de allí, ya reflexionaría sobre ello más tarde.

Toni y Blanca observaron cómo se dirigía hacia la calle sigilosamente pero muy confusa. Una intuición muy fuerte le hizo correr hacia la casa de enfrente para pedir ayuda.

—¡Socorro! —aporreaba la puerta con ambos puños, mirando hacia atrás por si venían sus violadores.

—¡Dios! ¿Qué te ha pasado? —exclamó el padre de Blanca al abrir la puerta.

—Pero... ¿quién te ha hecho esto? —preguntó su esposa al verle los moratones en su cuerpo desnudo.

—Me han... violado... —lloraba la chica con un ataque de ansiedad.

—Tranquila, ya pasó todo —procuraron calmarla con palabras, mientras la hacían entrar en casa.

La madre de Blanca fue a la habitación a buscar ropa suya para que se la pusiese la chica.

—¿Quién ha sido? —preguntó el padre de Blanca.

—Los de la casa de...

—¿De dónde has sacado esa braguita? —interrumpió la madre de Blanca al reconocerla.

—La tenían esos malnacidos en la habitación...

—¿A quién te refieres? —preguntó el padre de Blanca.

—¡A los de la casa de enfrente!

—Dios mío... ¿No serán ellos los que...? —empezó a decir la madre de Blanca, sin terminar la frase para no tener que mencionar la fatídica palabra.

—Nunca me gustó esa gente —habló de nuevo el padre.

No dudaron en llamar a la Policía, que enseguida se presentó allí.

Después de que la chica denunciara lo ocurrido, tras oír la declaración, y lo que contaron los padres de Blanca tras haber reconocido la ropa interior de su hija, pidieron una ambulancia para que la llevaran a un hospital y le hicieran un parte médico.

Mientras los policías pidieron una orden de registro, para llevar a cabo la detención de los delincuentes con las pruebas suficientes para los delitos de violación y asesinato.

Como solo pudieron detener a dos de ellos. Dieron la orden de busca y captura para el tercer hermano.

—Creo que hemos hecho justicia, estos no van a hacerle daño a nadie más —suspiró Blanca.

—Llevas razón, Blanca, hasta me siento orgulloso. ¡Oye! ¡Podríamos poner un despacho de detectives privados y dedicarnos a ello! —propuso Toni para añadir una pinceladita de buen humor para intentar sacarla de esa tristeza que veía en ella.

—No sería mala idea —sonrió ella, siguiéndole la broma.